

Ángela Cremonte

TODOS
MIENTEN
A LA
NOCHE

Ángela Cremonte



Todos mienten a la noche

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ángela Cremonte, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: febrero de 2021
Depósito legal: B. 878-2021
ISBN: 978-84-08-23780-8
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Norte de Italia. Un pueblo del Piamonte, cerca de Turín, 1869, ocho años después de la Unificación Italiana en un único Estado. Desde 1861, reina Vittorio Emanuele II di Savoia.

Eufrosine no podía moverse, se clavaba las raíces. Había sido una primavera lluviosa y la tierra las había descubierta; negras, ásperas, enredadas. Sonoras, como las patas de araña que veía en el granito del lavadero cuando tenía sábanas que enjabonar.

Le radici. Le radici sono dure.

Él la apretaba contra la ladera. Le había subido la falda con un solo movimiento del brazo y la había tumbado boca abajo en la hierba aceituna, como apagando un fuego. Pesaba mucho sobre ella.

Eufrosine sentía el dobladillo de la enagua rozándole la nuca, y al sol y a él buscando hueco entre los árboles, la sombra, su cuerpo, *il suo corpo sulle radici dure.*

El sonido de obligarla ella no lo sentía. Ese sonido lo tapaba el ruido de jabalí y pólvora que hacen los hombres cuando nos entran sin salir del todo y vuelven a empujar, como si nos parieran a nosotras, como si lanzaran al aire gritos de metal que luego caen encima de los dioses y los campos de maíz.

¿Por qué tenía que subírsela así, la falda, hasta ahí, hasta taparle la cabeza, sin siquiera desabrocharle un poco la cinturilla? Esa costura con tres años de remiendos le hormigueaba la tripa y estaba a punto de volver a romperse.

Sin siquiera, sin siquiera mirarla.

—¡Qué fuerza tienes! ¡*Grezzo*, me va a dejar marca! ¡Bruto! ¿Qué va a decir su madre cuando se desnude para cambiarse? Ayer tarde la observó en silencio mientras se quitaba la ropa (que no la culpa). Aún tiene sus ojos en la nuca y el peso del viejo idioma de las madres bajo el dintel de la puerta.

Y, además, ¿qué necesidad? Si a ella le gusta más cuando él lo hace despacio y cuando puede darle besos en los ojos.

Nada, hoy no hay manera.

A Eufrosine le molestaba mucho ya la puntilla de la enagua en el cuello y las raíces contra el pecho y las manos tan grandes del hombre sin hoz y sin aperos (descansan al lado, igual de embarrados que su cuerpo rojo, menudo, harto de tanto empujón).

—Bruto. *Grezzo!*

*Ma Cribbiu,** ¡que pare ya!

Eufrosine aguanta las embestidas porque sabe que hoy él lo necesita. Aguanta porque sabe que de un tiempo a esta parte los hombres de este pueblo no se pueden controlar, que de un tiempo a esta parte a los hombres de este pueblo les quitan las herramientas de labor y parece que les explota la sangre en las manos.

—Veramente.

Las herramientas les dirigen la fuerza, la transforman en pan.

Las herramientas convierten la rabia en polenta, en ese puré de maíz que está por todas partes y que mancha todos los trapos de las casas.

Últimamente, en este pueblo los hombres no saben estarse con las manos quietas, es cierto. Los hombres están nerviosos —se ponen nerviosos—, sueltan los aperos al llegar del campo y se vuelven igual que los animales. No soportan el vacío en las manos, ese hueco frío que les deja la hoz en las palmas después de hacer heridas en los rayos del sol.

Entran en los establos cargando hierros como atlantes de palacio y nada más colocarlos en el suelo se ponen a dar voces como si fueran los amos cuando el amo no está.

* Eufemismo para referirse a Cristo.

Igual que el padre de Eufrosine, todo el día gritando.

—Asustas a los animales, padre.

—Sal de aquí, Eufrosine. Entra en casa.

El padre de Eufrosine siempre quiere que ella esté en casa. Y siempre está enfadado, no conoce otro estado.

El padre de Eufrosine se desahoga con las mulas. Les tira el grano como si ellas tuvieran la culpa. Como si ellas hubieran decidido que su padre naciera ahí, en ese hueco pobre que nadie sabe situar en el mundo. En ese pueblo.

—Aquí nadie sabe lo que es el mundo. Aquí solo sabemos lo que es el pueblo. Y a veces ni eso, porque cada dos días, como quien dice, cambia de dueño.

El pueblo donde vive Eufrosine, en el Piamonte, en la provincia de Alessandria y cuya capital era Turín hasta 1865, se recorre de punta a punta en 1333 pasos. Mil trescientos treinta y tres pasos exactos. O de iglesia a iglesia, mejor dicho.

El cementerio queda fuera, bastante más allá, y hasta ahí, Eufrosine ha dejado de calcular. La muerte ella prefiere no computarla.

Eufrosine sumó en zancadas lo que mide su pueblo hace tiempo, con su hermano pequeño, Piero. Tuvo mucha paciencia, porque al principio el niño solo sabía contar hasta seis. Para él, como para todos los críos que no saben de números, el mundo conocido terminaba allá donde se agotaba su edad.

A la aldea también se puede entrar y salir siguiendo el río. Un río fresco lleno de ranas. Un río muy sonoro, *il torrente Borbera*.

—Borbaja, en piamontés.

A Eufrosine los viejos le han dicho que el Borbaja tiene 39 kilómetros, que nace a unos 1400 metros de altitud.

—Viene de muy muy muy arriba, hasta perderse entre el monte Chiappo y L'Antola, en las montañas de los Apeninos.

Con esta información, Eufrosine deduce entonces que su pueblo está situado muy muy muy abajo.

—¿De qué?

—Vaya a saber. De Dios, será.

Su pueblo, lejos del cielo, pero muy cerca de los anfibios.

Lo cierto es que Eufrosine presume de que en su pueblo es imposible perderse, porque el sonido de las ranas siempre te avisa al llegar y, si te desorientas por la noche, puedes seguir el Borbaja a oído hasta pasar por el lavadero y llegar a la plaza del Abad, que se llama Petronilo y que está gordo como un sapo centenario.

Es imposible perderse en su pueblo, insiste, porque, además de las ranas, desde hace unos años te avisan los disparos de los que sirven al rey —que son sus dueños a la vez, murmura Eufrosine en misa—, y que después de cada batalla se cambian de casaca como si no hubiera pasado nada.

Y sí pasa, que Eufrosine es quien tiene que lavarlas.

Antes de 1860, la península italiana estaba formada por diferentes reinos, ducados, repúblicas y principados muy distintos entre sí y con idiomas y dialectos diversos.

Para mercadear con materia —o con almas— se entendían por gestos y por el peso de las monedas.

—Yo los diferencio por el color de sus camisas —dice Eufrosine cuando frota una.

Al norte, su pueblo incluido, parte del territorio estaba ocupado por los austríacos.

En 1860, con ayuda de los franceses, el Piamonte y su característico ejército sardo participó en las Guerras de Independencia contra Austria y lideró el proceso de unificación en el resto del territorio italiano, hasta el sur y las islas.

En 1861 se proclamó por fin el Reino de Italia y se eligió a Vittorio Emanuele II di Savoia como primer rey del Estado unificado.

Vittorio Emanuele II no es austríaco ni francés ni Borbón ni vaya a saber de dónde, dicen en el lavadero.

—No, Vittorio Emanuele es un Savoia.

—Es piamontés.

—Es feo, eso es lo que es.

La guerra terminó hace tiempo, pero sigue habiendo batallas.

¿Cómo es eso? Si sigue habiendo enfrentamientos, entonces la guerra no ha concluido, piensa Eufrosine.

Estas contradicciones ella no termina de entenderlas. Repara a menudo en este tipo de frases que usan en su pueblo para describir una realidad opuesta a la que existe.

Para Eufrosine, la guerra continúa y punto, que se dejen ya de gramáticas extrañas.

A ver si ahora van a saber todos latín.

Eufrosine tiene trece años y su pelo es de un rubio tan blanco que brilla como el corazón de las luciérnagas. De niña, mientras oía los cañonazos de unos y otros en distintos idiomas, le encantaba ir al río y ver cómo los sapos se comían a los coleópteros. Era un poco asqueroso, pero a ella le gustaba, y en definitiva esas escenas de diminuta violencia la distraían de los disparos que, aunque no quisiera admitirlo delante de su hermano, la asustaban.

Eufrosine atrapa una rana con una luciérnaga en la boca.

—Las uniones de los países también se comen a los hombres. Los reyes y los sapos siempre tenéis hambre.

Le da un lametazo. Siente un asco que la hace reír.

Eufrosine no entiende de bandos, de austríacos o franceses o sardos o qué sabe ella. A Eufrosine le da igual si unos llevan *camicie rosse** y otros blusas blancas o de cualquier otro color; para ella los uniformes son todos igual de difíciles de lavar, porque llevan metal y tardan todos lo mismo en secarse.

—Una eternidad.

Eufrosine solo entiende de tierra y de renacuajos, y de frases que se ajusten al mundo, y el de su pueblo sigue siendo el mismo suelo de reptiles de hace tres coronas.

Que digan lo que quieran.

El Piamonte ha cambiado muy poco.

Eufrosine sabe que en el norte el ejército sardo viste de azul añil. Lo ha visto muchas veces, pero en el sur...

—¿De qué color viste el ejército borbón? —pregunta Eufrosine.

* Los camisas rojas, voluntarios que siguieron a Giuseppe Garibaldi en el sur de Italia durante la Expedición de los Mil en el proceso de unificación. El nombre deriva del color de las camisas que utilizaban para identificarse (los patriotas italianos no podían permitirse uniformes completos). Fuente: Wikipedia.

—*Di bianco, mi sa.*

—*Niente originale.*

Eufrosine aprende pronto que la suciedad no es nada creativa.

Y que el proceso de unificación italiana duró muchos años y que aún quedarían algunos más para darlo por concluido. Se lo han contado decenas de veces. A sangre y fuego se lo han hecho aprender en el pueblo porque sí, porque...

—No vaya a ser.

Y vuelta la mula al trigo.

—El movimiento de unificación lo inicia desde el norte nuestra Corona, la de Cerdeña y Piamonte hacia el sur, donde hay otras casas reales. ¿Las más importantes? —pregunta en misa Petronilo.

—La de Sicilia y la de Nápoles, propia de los borbones —dice al unísono un enjambre somnoliento.

Está harta de repetirlo, Eufrosine y todos.

En 1860, al cumplir ella cuatro años, después de una guerra por todo el Piamonte con Turín como epicentro, Giuseppe Garibaldi, el líder de las tropas liberales, conduce a los *camicie rosse* hacia el sur. A la guerra. De los *camicie rose* a Eufrosine no le cuesta acordarse, porque se imagina fácilmente a esos 1089 hombres vestidos con blusas rojas entrar en las Dos Sicilias y, como un coágulo de sangre, abrirse y derramarse, expulsar a Francisco II de Borbón y anexionar las islas al Reino de Italia. Una nueva herida que limpiar. El rojo es un color inexpugnable dentro del algodón de una camisa. Qué difícil de lavar que es el plasma.

Cuando se conquista la isla, se nombra a Vittorio Emanuele II de la dinastía Savoia nuevo rey de los territorios unificados. Al papa no le hace ninguna gracia que se baje del trono a los Borbones y que el Antiguo Régimen empiece a resquebrajarse. A Eufrosine, por el contrario, le encanta la idea de importunar al santísimo.

Ella es la única que esconde este placer, porque en su pueblo es absolutamente inusual que alguien reniegue del dogma.

Eufrosine creía, pero ya no cree. No puede. Desde que se

percató de que Dios miraba para otro lado cuando alguien trancó por dentro la alacena de su casa. Esa primera vez.

No, a ella ya no la engañan.

Y dado que el Nuevo Régimen es liberal, burgués, anticlerical y anticatólico, Eufrosine se ilusiona:

—Iglesia libre en un Estado libre —dicen los que llevan las *camicie rosse*.

Pero pronto aquello de la Iglesia libre Eufrosine tampoco lo entiende, porque en su pueblo no hay quien se libre de ir a misa los domingos, y eso que ella lleva intentándolo toda la vida. La iglesia sigue siendo obligatoria, así que, de libre, nada. Otra contradicción.

Todo esto suele generar debate entre las muchachas del lavadero.

—Se matan unos a otros para cambiar todo y al final todo sigue igual. La misma miseria nos pagan por camisa.

—El rey es piemontés, como nosotros, algo bueno tendrá.

—Cara de sapo es lo que tiene —dice Eufrosine mientras escurre una prenda como si fuera una nube.

Las hace reír.

Vittorio Emanuele Maria Alberto Eugenio Ferdinando Luca Tommaso di Savoia-Carignano se llama el rey.

—Pues es feo.

Vittorio Emanuele es feo y tiene cara de sapo. Eufrosine lo siente, pero es feo Vittorio Emanuele y todos sus nombres, concluye ya de vuelta a casa con la carreta llena de sábanas limpias que entregar. Más feo que un sapo seco abierto al sol.

Y puede que tenga razón. El anterior rey tampoco es que a ella le pareciera muy guapo. No es que no se lleve bien con la monarquía, que a ella eso ni fu ni fa; es que, simplemente, a Eufrosine los hombres le gustan de campo, con las camisas abiertas y los músculos al sol, sin tanta parafernalia colgando de la ropa ni tantos nombres que memorizar.

Los hombres le gustan como Vincenzo.

Así que Vittorio Emanuele Maria Alberto Eugenio Ferdinando Luca Tommaso di Savoia-Carignano le parece igual de feo que el monarca anterior, cuyo nombre ha tenido que ha-

cer un esfuerzo por olvidar (como el rosario, su madre se lo hizo aprender para repetirlo en misa) y ahora ese gasto de memoria no se lo repone nadie.

Una pérdida de tiempo.

—Y de dignidad.

A lo que sí dedica atención Eufrosine es al nuevo escudo. El escudo italiano tiene leones, oro y demás elementos que ella nunca ha visto en su pueblo.

—Seguro que hay leones.

—Vittorio Emanuele tendrá leones en su casa si lo pone en su escudo, Vincenzo, pero nosotros en el pueblo solo tenemos mulas.

—Sí que hay.

—No hay, ¡que me lo he recorrido de punta a punta!

—¡Yo también y antes que tú!

—¿Y has visto leones?

—Sí.

—*Pianta li, badola!!* *

Eufrosine cree que en el escudo de Italia debería haber sapos, polenta de maíz, pólvora y sol. De eso sí que hay en la zona. Y musgo verde, como el que se le pega a ella a los muslos cuando se sienta a comer en el suelo. Musgo verde. Verde como el cielo del Piamonte. Verde como el agua de la aldea, coloreada por la sangre esmeralda de los muertos.

—Creo que en realidad Vittorio Emanuele nunca ha pasado por este pueblo, madre —comenta Eufrosine en la iglesia delante de la bandera tricolor.

—Cállate, por Dios —le dice ella más con la mano que con la voz.

—Cribbiu!

Pero Eufrosine tiene razón. Vittorio Emanuele nunca ha pisado ese pueblo, no tiene ni idea de cómo es. Y es verdad que tampoco ha cambiado gran cosa.

En el pueblo, los hombres siguen igual o peor, cuando ya no les queda nervio por las noches, cuando ya les toca reco-

* «¡Vale ya, tonto!», en dialecto piamontés.

gerse en casa y llegan como llegan, y solo tienen para cenar puré de maíz, o sea, puré de polenta, un trozo de queso y poco más.

Algunas noches se juntan todos a cantar, hasta que los niños más pequeños quedan dormidos entre los carros y las patas de las mulas.

Las herramientas calman a los hombres —el metal pesa—, los apacigua y los distrae, pero no les quita el hambre, no les sacude el enfado, no les duerme la sangre. Sueltan la azada al llegar del sembrado y el vacío lo llenan agarrando un cuerpo diminuto que intenta esconderse en casa.

—Eufrosine, sal de ahí.

Eufrosine ha tratado de ocultarse varias veces dentro de la chimenea para que su padre no la encuentre.

La chimenea, ahí quemó su niñez.

En las casas siempre hay un hueco en donde hacerse daño, en donde perder la inocencia. O en donde la inocencia nos pierde a nosotros.

Eufrosine tiene un cuerpo pequeño, púber. Bien formado, aunque le falte volumen.

Y mucho pecho.

Vincenzo no es como su padre. Vincenzo es bruto porque es joven.

Y la coge así de brusco ahora que la conoce, que ya la sabe de otras veces.

Pero algo le pasa. Hoy la agarra con demasiada fuerza.

Hoy la coge con rabia, como si ella fuera una hoz para decapitar las nubes del sembrado, una y otra vez, una y otra vez, le murmura en misa a Margrita.

—No me suelta, Margrita.

Una y otra sed.

Margrita no sabe de amor.

Hace calor.

Todo esto piensa Eufrosine mientras Vincenzo la empuja sobre la pradera. Se clava las raíces, enervadas, elásticas, libres.

Cribbiu, que termine ya.

Eufrosine siente a su novio dentro y fuera como el arado

que rompe la tierra, el arado que le rasga a ella el centro del alma y la hunde en esa laderita en flor. *Il Piemonte*, al norte de la nueva Italia. Tan verde y lleno de colores y bichos irisados.

El pueblo de Eufrosine queda a 159 kilómetros de Turín, *Torino, Turin* en piamontés, la antigua capital.

Los mayores dicen que eso es cerca. 159 kilómetros. Eufrosine no lo cree: eso es mucho más que su edad en pasos.

Il Piemonte, su aldea, un sapo moribundo junto a otro vivo unidos en un reino nuevo que sabe a lodo.

Un anfibio viscoso, este país recién hecho que salta de mano en mano.

—¿Sabes, Margrita?, dicen que en América no existen los sapos.